

Crónica

5. La toma de la Bastilla

La revolución jurídica apuntaba a un régimen político a la inglesa. La soberanía nacional representada por la Asamblea no pretendía sustituir la vieja soberanía representada por el rey, sino pactar con ella y modificarla en el sentido de una monarquía constitucional. La viabilidad del nuevo sistema dependía, por tanto, en gran parte, de la buena voluntad del monarca. Y éste, a pesar de sus concesiones y de su aparente reconocimiento de la nueva soberanía, no había dejado en ningún momento de mantener una actitud que, en la mejor de las lecturas, cabía calificar como poco clara.

La víspera del día en que ordenó que la nobleza y el clero se uniesen a la Asamblea Nacional, Luis XVI había hecho concentrar en los alrededores de París seis regimientos militares. El 1 de julio, como consecuencia de la proliferación de actos de indisciplina entre los componentes de estos regimientos, hizo que se reforzaran con diez regimientos más, formados, en su mayor parte, por soldados suizos y alemanes.

El pretexto que justificaba este magno despliegamiento era la presunta necesidad de mantener el orden ante el creciente malestar económico de las masas parisienses aquejadas por el recrudecimiento del hambre, el paro y la inflación. Pero los diputados tenían un golpe de fuerza contra la Asamblea y, por ello, el 8 de julio acordaron reclamar la retirada del ejército.

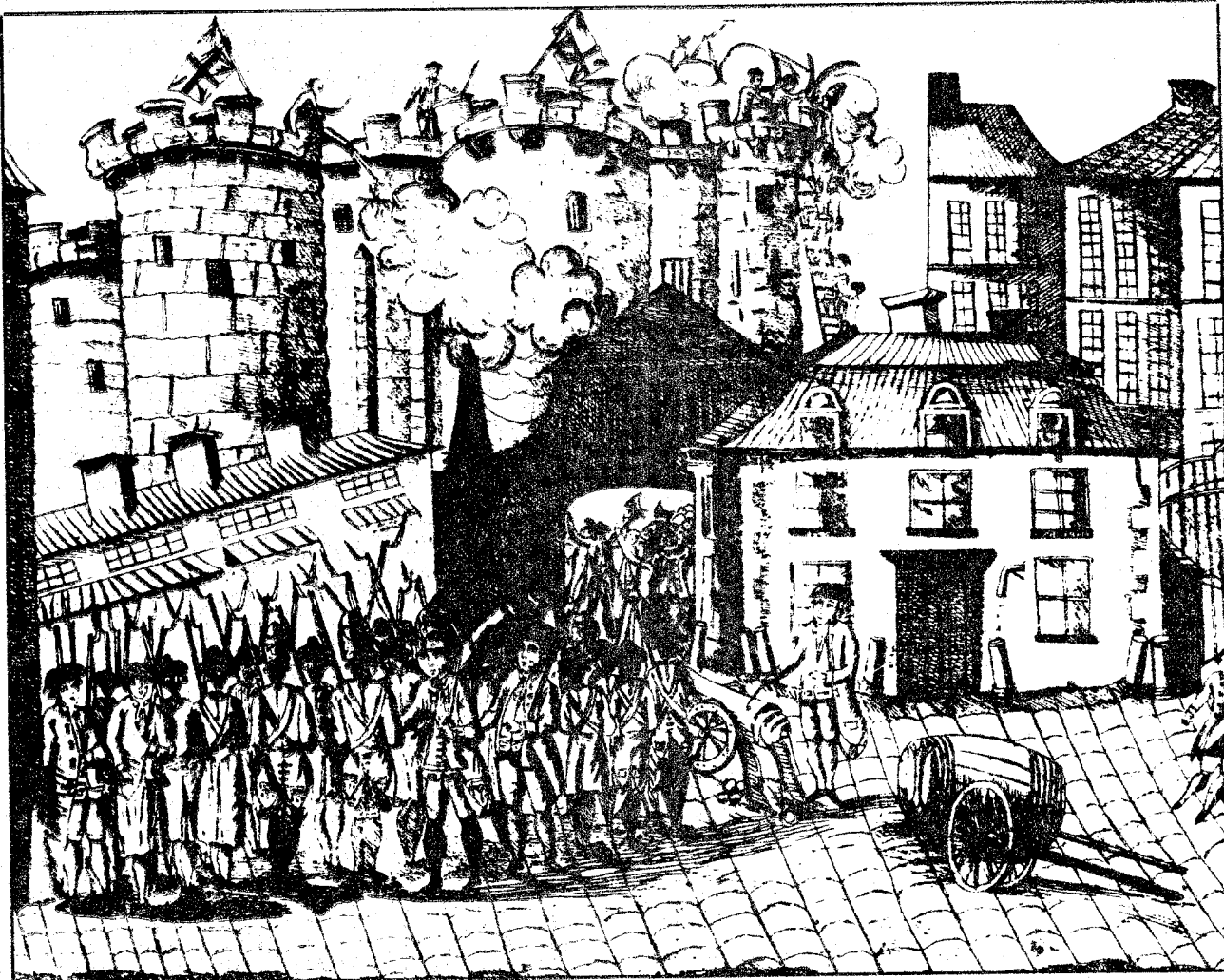
La respuesta del rey (11 de julio) fue contundente. No sólo no ordenó la retirada del ejército, sino que, además, despidió a Necker, que era el máximo valedor en el ejecutivo de las posiciones de la Asamblea, y formó un gobierno de claro talante contrarrevolucionario, con el barón de Breteuil en la cartera de Hacienda y el mariscal De Broglie en la de Guerra.

La aparente inminencia de un golpe de fuerza provocó una serie de reacciones en cadena que tuvieron su epicentro en París. El 12 de julio los agentes de cambio, que veían en Necker la única salvación posible ante la precaria situación económica, decidieron cerrar la bolsa. Las salas de espectáculos también fueron cerradas. Las obras teatrales fueron sustituidas por las arengas políticas y las manifestaciones. Necker y el duque de Orleans se convirtieron en los inopinados héroes de las masas. En el Palais Royal, Camille Desmoulin, un joven orador tartamudeante, arengaba a las multitudes para que tomaran las armas contra la amenaza contrarrevolucionaria... En los jardines de las Tullerías, los dragones del Royal-Allemand del príncipe Lambesc cargaron contra los manifestantes, que recibieron el apoyo de la guardia francesa.

El día 13, la Asamblea declaró su "estimación y condonación" por Necker y los ministros depuestos. Se trataba de un acto puramente testimonial que reflejaba la impotencia de los diputados ante la amenaza de una acción militar.

Durante el mes de julio, se habían ido formando otros poderes revolucionarios que, en este momento, tomaron la iniciativa e intentaron canalizar la creciente agitación popular.

El 10 de julio, los electores parisinos de los estados generales se habían reunido para constituir una municipalidad paralela, que nombró un comité permanente y entre cuyos objetivos más inmediatos se hallaba el de formar una milicia urbana destinada a "vigilar por la seguridad pú-



Una ilustración conmemorativa del asalto a la legendaria prisión

"El asalto no tardó en convertirse en el símbolo de la caída del Antiguo Régimen y de la conquista de la libertad por el pueblo"

blica" (sobre todo por la seguridad de las propiedades que los burgueses veían peligrar a causa de los tumultos) y proteger a los miembros de la Asamblea (una protección que no había sido pedida por los interesados y que, en un principio, no fue aceptada).

Nuevo motín

El mismo día en que la Asamblea había hecho público su manifiesto a favor del gobierno caído, se produjo un nuevo motín. La rebelión se estaba generalizando. Numerosos grupos recorrían París buscando armas, amenazando con saquear las mansiones de la nobleza y levantando barricadas. Por su parte, los regimientos de infantería que habían recibido órdenes de evacuar París se negaron a obedecer y se pusieron a disposición del Comité municipal revolucionario. Los miembros de este Comité, en su totalidad burgueses parisinos, tenían que los acontecimientos protagonizados por las masas terminarían en agresiones a la propiedad privada y se apresuraron a constituir la Milicia. Esa misma noche, la futura Guardia Nacional patrullaba por las calles de París, que permanecieron iluminadas siguiendo las instrucciones del propio comité.

El día 14, la multitud seguía exigiendo el rearme generalizado. En los Invalidos

consiguieron que se les entregaran 32.000 armas. A continuación se dirigieron a la Bastilla para llevar a cabo una operación semejante. Launay, el gobernador de la legendaria prisión, negoció con los asaltantes. Pero los hechos acabaron tomando una dirección inesperada que culminó con una carga contra la multitud que sufrió más de un centenar de bajas.

Los asaltantes, en su mayor parte artesanos del barrio de Saint-Antoine, contaban con el refuerzo de destacamentos de infantería rebeldes y de cierto número de burgueses de la Milicia municipal, con cinco cañones, tres de los cuales fueron puestos en batería ante la puerta de la fortaleza. Ante esta maniobra, Launay, que sólo disponía de una guarnición compuesta por 80 inválidos y 30 guardias suizos, optó por la capitulación e hizo bajar el puente levadizo. Las masas al ver la entrada franqueable, quisieron vengar sus muertos y se lanzaron al asalto. Tres oficiales y tres guardias fueron masacrados. Launay, que en un principio había conseguido huir de la Bastilla, fue apresado en el Hotel de Ville y abatido y decapitado en la plaza de la Grève. Su cabeza, como la del también ajusticiado Flesseles, provoste de los comerciantes parisinos, fue paseada por las calles de París clavada en el extremo de una pica.

Las consecuencias políticas del asalto fueron inmediatas. El día 15 de julio, Luis XVI acudió a la Asamblea para anunciar la retirada de las tropas. Al día siguiente, accedió a llamar de nuevo a Necker al Gobierno.

La burguesía parisina, por su parte, aprovechó la victoria popular para apoderarse definitivamente de la administración de la capital. El Comité permanente pasó a denominarse Comuna de París y Bailly fue elegido alcalde, mientras que La Fayette era nombrado comandante de la Milicia burguesa, que posteriormente adoptaría el nombre de Guardia Nacional.

El día 17, Luis XVI, escoltado por la Milicia, acudió a París para reconocer la legitimidad de la Comuna. El nuevo alcalde lo obsequió con la escarapela tricolor, "símbolo de la alianza augusta y eterna" entre el monarca y el pueblo.

Los jefes de la facción aristocrática de los estados generales, dolidos y asustados por esta muestra de debilidad del monarca, optaron por emigrar.

Las revueltas municipales no se habían producido sólo en París. Casi todas las ciudades de provincias protagonizaron agitaciones urbanas que culminaron con la desaparición de las autoridades preexistentes y la constitución de comunas acordes a los vientos que soplaban en Versalles y en París.

Más allá de la realidad de los acontecimientos, la toma de la Bastilla no tardó en convertirse en el símbolo de la caída del Antiguo Régimen y de la conquista de la libertad por el pueblo.

JOSEP MARIA RUIZ SIMON

El personaje



Desmoulin

Dos hombres predicaban por aquel entonces la república: uno de los más fecundos escritores de la época, el infatigable Brissot, y el brillante, el elocuente, el atrevido Camille Desmoulin. Su libro "La Francia libre" contiene una pequeña historia (violentamente satírica) de la monarquía. En él muestra que este principio del orden y de la estabilidad ha sido, en la práctica, un perpetuo desorden...

Desmoulin renueva con su palabrería inagotable las viejas humoradas sobre la horca y los ahorcados que llenaron toda la Edad Media... Ese joven abogado de la Picardía, muy ligero de dinero, y aún más ligero de carácter, divagaba sin objetivo por el Palais Royal. Su ligera tartamudez lo hacía aún más divertido. Sus ocurrencias errantes se le escapaban como dardos de entre sus labios encallados. Pero él proseguía con su cómica palabrería, sin informarse demasiado sobre sus posibles consecuencias. Los famosos juicios de la curia, las farsas judiciales que tanto habían entretenido en el antiguo palacio, no eran más divertidos que los juicios del Palais Royal: la diferencia era que éstos se ejecutaban en la Grève.

JULES MICHELET

El acontecimiento en la prensa

"Esta noche la ciudad se vestirá de fiesta"

llegar al puente levadizo y romper el travesaño que lo bloqueaba; este ha cedido y el gentío ha podido llegar al segundo foso, donde habían caído las primeras víctimas. Mientras, muchos han corrido a buscar un cañón y lo han colocado al lado del agua, en los jardines del arsenal; allí se ha producido un verdadero asedio; han avanzado desde muchos flancos, mientras todo ardía incesantemente; era terrible encontrarse allí en medio; la intrépida guardia francesa ha hecho maravillas. Hacia las tres han cogido al administrador del polvorín que, a causa de su uniforme, había sido confundido con el gobernador de la Bastilla. Lo han maltratado y conducido a la ciudad, donde finalmente ha sido reconocido y liberado.

Mientras, la batalla se intensificaba. Las mujeres competían por ayudar al máximo; incluso los ni-

ños, después de las descargas del fuerte, corrían por todas partes recogiendo balas y metralla; alegres y excitados, se las llevaban a los soldados que las utilizaban de nuevo, sembrando la muerte entre los flancos asediados.

La brecha abierta

Los traidores daban muestras de quererse rendir, pero ya nadie confiaba en sus señales.

Cuando al fin se ha abierto una brecha, se ha buscado a alguien que estuviera dispuesto a saltar el foso. Inmediatamente, un burgués se ha lanzado al asalto precedido de un granadero; el primero consigue llegar al otro lado, pero un cañón dispara, en ese momento, hacia la brecha y el hombre cae muerto; pero el granadero sale indemne y cubre la entrada con una destreza y una valentía increíbles;

todo cañonero que avanza muerto del polvo. La multitud se precipita ávida de sangre hacia las escaleras, degollan a todo aquel que se interpone en su camino; llegan finalmente a las celdas y entran en todas partes. Éste busca al gobernador, aquél sube a las torres, otro enarbolaba la bandera sagrada de la patria entre aplausos y aclamaciones de un inmenso gentío. Quieren capturar al pérfido gobernador; por fin lo descubren; dos granaderos lo cogen. Un joven abad, M. de la Reynie, extiende el acta de rendición y se declara jefe de la ciudadela y lleva las llaves a la Bastilla, pero he aquí que llega un joven burgués; De Launay quiere entregarse, se lanza entre sus brazos desgarrado por el dolor; pero le arrancan los galones y lo califican de infame; lo arrastran entre la desahogada multitud que se apiña en torno al joven que lo conduce y

que quiere protegerlo de los insultos de la plebe: "¡Ah! -dice, lleno de remordimientos- ¡He traicionado a mi patria!", mientras el hipo sofoca su voz.

En tanto, han apresado al vicegobernador, al mayor, al capitán de cañoneros y a todos los prisioneros de guerra; se abren de par en par las puertas de las celdas de los incomunicados, hombres inocentes son puestos en libertad, incluso los ancianos venerables temerosos de enfrentarse a la luz del día.

Un día glorioso

Por primera vez, la augusta y santa libertad penetra en la morada de los horrores, terrible asilo de los monstruos y de los crímenes del despotismo.

Entretanto, se forma un cortejo que surge del inmenso gentío; los aplausos, la alegría desenfundada,

los insultos, las imprecaciones dirigidas contra los pérfidos prisioneros de guerra; todo era confusión. Reunida en la place de Grève, esta gente, ávida de venganza, no ha permitido a De Launay y a otros oficiales subir al tribunal de la ciudad; han sido arrojados a manos de los vencedores, uno tras otro han sido aplastados; De Launay ha sido tremendamente golpeado, le han cortado la cabeza, la han clavado en la punta de una lanza, mientras la sangre chorrea por todas partes.

Eran ya dos las cabezas que se exhibían antes de la llegada de los inválidos que formaban parte de la guardia de la Bastilla.

La gente pide que sean ejecutados, pero la generosa guardia francesa ha intercedido por sus vidas y el perdón ha sido unánime.

Este día glorioso ha debido sembrar la admiración entre nuestros enemigos y nos anuncia finalmente el triunfo de la justicia y de la libertad.

Esta noche la ciudad, toda iluminada, se vestirá de fiesta.

"Les Révolutions de Paris" número 1 del 12-17 julio 1789

Hay que señalar una victoria clamorosa que tal vez sorprenderá a nuestros nietos: la toma de la Bastilla, en cuatro horas aproximadamente. En primer lugar, han intentado forzar la entrada de la calle Saint Antoine para penetrar en la fortaleza, donde jamás ningún hombre había entrado sin el permiso del odioso despotismo, allí donde el monstruo todavía habitaba. El gobernador ha izado a traición la bandera blanca. Entonces han empezado a avanzar con confianza: un destacamento de guardias franceses y cinco, o tal vez seis mil burgueses, armados han entrado en el corazón de la Bastilla; seiscientas personas ya habían pasado el primer puente levadizo cuando de pronto éste ha sido levantado: una descarga de artillería ha derribado a bastantes guardias franceses y algunos soldados; el cañón ha disparado sobre la ciudad, el pueblo está atemorizado; mucha gente ha resultado muerta o herida; otros se han refugiado para escapar de los tiros. Una línea de bayonetas emplazada a lo largo de un muro ha permitido a un hombre valiente